

# LA ARQUITECTURA RELIGIOSA CONTEMPORANEA

Por **IGNACIO VIEIRA JARAMILLO**

Para apoyar el tema y fundamento de este estudio, cuyo objeto principal es demostrar la evolución de la arquitectura religiosa de todos los tiempos, nos valdremos de la inagotable fuente que nos proporciona la Historia de la Arquitectura, maestra insigne y venero inagotable de sabiduría.

En esta evolución de todas las épocas del arte, llegaremos hasta nuestros días, para justificar de manera plena la nueva orientación de la arquitectura religiosa contemporánea.

La Iglesia en sus orígenes, con posterioridad a las catacumbas, tiene un carácter doméstico, como la casa de Pudens y otras mansiones de patricios cuyas disposición debía influenciar más tarde en el plano de las Basílicas, que vemos aparecer sólo en el siglo IV de nuestra era.

Bajo el Emperador Augusto aparece la Basílica Emilia cuyo parentesco con la Basílica nueva es innegable, y la Basílica Ulpia cuya semejanza con Letrán y San Pablo fuera de los muros es característica.

El nombre de Basílica lo aplicaban los romanos a las salas de reunión dependiente del Foro, y que servían principalmente para impartir justicia.

De manera que el templo cristiano en sus orígenes, toma de la arquitectura romana la disposición de las casas privadas, agregando a ellas los elementos de las Basílicas Cíviles. La casa le suministra el plano, la Basílica Civil el frontis, para encontrar el origen del ábside en las construcciones termales del Imperio.

Tal es el origen, penosamente elaborado por los arqueólogos, de la Basílica Latina.

Pero la evolución del arte cristiano, como pretendemos probarlo en este ensayo, es desde los orígenes de la Iglesia, una necesidad y un hecho indiscutible. Las Basílicas Cristianas, constituídas en arte de Occidente, llegaron a un período de estancamiento que exigía su renovación. Y esta renovación empieza por transformar la cubierta

combustible de los templos primitivos, en la elegante bóveda que nos conducirá más tarde a las magníficas estructuras ojivales.

De esta manera, el arte religioso de Occidente, humilde, sencillo y tímido, es reemplazado por el pomposo arte bizantino.

Al abandonar Constantino a Roma por Bizancio, quería con ello recoger la herencia de la cultura greco-oriental, renovada por el cristianismo.

Este nuevo arte, es al mismo tiempo el guardián de la cultura helénica y el reflejo de Oriente. De la primera toma los órdenes clásicos y del segundo sus preciosas cúpulas. Pero a pesar de su magnificencia y el carácter monumental de sus construcciones, el arte religioso de Bizancio sufre como su hermano anterior, el arte cristiano primitivo, la renovación propia exigida por las nuevas costumbres y la indiosincrasia especial de otras sociedades.

Surge entonces la arquitectura románica, cuya estructura representa un nuevo adelanto, por las nuevas soluciones constructivas que ella aporta.

Se logran nuevos medios de expresión al introducir elementos hasta entonces desconocidos como los contrafuertes, los botareles y las bóvedas de arista, las cuales son ya un prelude cercano del nacimiento del arte gótico.

De esta manera la Iglesia, como podemos constatarlo, no insiste en formas ya establecidas, ni obstruye el avance de nuevos sistemas constructivos. Es de su tiempo y pertenece a su época.

De la bella época románica, cuya rudeza misma la envuelve en una severa dignidad, pasamos sin interrupción a la grandiosa era ojival.

El período románico es de formación, de iniciación, para entrar en el arte de la originalidad y del análisis, elevados al mayor grado que puede concebirse.

La estructura gótica constituye el más alto triunfo de la razón y del equilibrio.

La lógica razonada del arte ojival tiene su máxima expresión en los botareles. Ellos nacieron de una necesidad constructiva que los llevó a reducir los apoyos pesados de las bóvedas románicas, hasta lograr el milagroso efecto interior de las iglesias ojivales. En verdad las piedras de las catedrales góticas no pesan, porque ninguna arquitectura en el pasado consiguió espiritualizar la materia como la de esos geniales constructores.

El arte gótico religioso influyó la arquitectura civil y como consecuencia surgió el estilo de la época y para la época.

El arte gótico es verdaderamente la imagen plástica del alma de la Edad Media, y sus monumentos son una sinfonía de ritmo, proporción y lógica.

Cerramos el ciclo gótico para continuar en nuestro propósito de mostrar la evolución del arte religioso en las diferentes épocas.

Y abordamos así el período renacentista cuyas concepciones son en verdad el reflejo exacto de los gustos, la suntuosidad y la aristocracia de las sociedades que entonces vivieron.

La arquitectura religiosa abandona definitivamente las formas ojivales, para regresar a la aplicación de los estilos clásicos en sus nuevas creaciones. Ya no se añoran las formas del período anterior porque su misión se considera cumplida, y la evolución del arte exige nuevas

concepciones. El viejo sol gótico está en su ocaso y se oculta ya en el horizonte.

Los arquitectos de esta época renacentista buscan en el equilibrio de las masas, efectos nuevos de grandeza y belleza plásticas.

Los órdenes clásicos constituyen su vocabulario, pero aplicándolos ya no como decoración superficial, sino asignándoles un papel constructivo. Ahí reside precisamente la lógica aplicada a la arquitectura: sacar partido decorativo de los elementos necesarios a la construcción.

Este período de fastuosa exuberancia tuvo su siglo de oro, pleno de realizaciones magníficas. Sus arquitectos fueron también creadores de un estilo de su época y para su época; y la Iglesia, maestra insigne, depositó en ellos la responsabilidad de sus obras y sus realizaciones.

Llegados al siglo XIX, caemos fatalmente en la más triste decadencia del arte. La originalidad desaparece en esta época, para ser reemplazada por la más aberrante imitación. Las líneas arquitectónicas se pierden asfixiadas por una profusa decoración de mal gusto y los motivos clásicos de las fachadas, ya no son elementos de soporte, como en la época anterior, sino agregados con función únicamente decorativa.

Esta falta de originalidad y esta degeneración del arte, traen consigo una reacción inevitable que provoca el nacimiento de la arquitectura del siglo XX. Y la Iglesia, una vez más, no se opone a la nueva ruta marcada por los innovadores. Porque como bien lo dice el arquitecto José Villagrán: "Frente al problema religioso, nada extrañará encontrar formas nuevas en los templos de nuestro siglo, porque esta actitud de la Iglesia, es su actitud secular. La arquitectura de hoy busca lo que siempre buscó y obtuvo: resolver el programa general de su tiempo y el programa particular del templo católico. Cuán alejadas están las formas modernas de pertenecer a disolventes ideas materialistas. Son formas inspiradas por una teoría de la arquitectura eterna, tan racionales y tan espiritualistas como racional y espiritualista es la doctrina tomista: se busca la verdad y se persigue la perfección, que para Santo Tomás es base de la belleza y de la verdad". Y hasta aquí el arquitecto mexicano con sus palabras llenas de realidad.

El modernismo es una expresión momentánea de todos los tiempos que vive para los contemporáneos y no representa para las generaciones siguientes sino un pasado distante, lleno de bellezas arqueológicas.

La evolución del arte en nuestro siglo, en sus diferentes aspectos, poesía, música, pintura, escultura y arquitectura, nos presenta, en casi los diez lustros ya corridos, realidades indiscutibles.

Ritmo, color, formas y volúmenes representan en las diferentes manifestaciones artísticas una bella adquisición, cuyo valor principal es sin duda la originalidad.

La época contemporánea ha logrado desprenderse con valor y decisión de las viejas normas, de los moldes rígidos, ya roídos por la carcoma del plagio y la repetición.

El programa religioso ha sido en todas las épocas, incluyendo las anteriores al cristianismo, el más actual, el más inquietante, el más exigente, el más bello, el más monumental y al mismo tiempo aquél que ha marcado el estilo y la orientación definitiva de la arquitectura.

A fines del decadente siglo XIX y en los albores del presen-

te la influencia medioeval quiso imponerse como norma definitiva para la concepción arquitectónica del Templo de Cristo. Violet Le Duc había reconstruido en su famosa obra toda la tradición gótica francesa, con la belleza y exuberancia de los pináculos y las agujas elegantes, que al lanzarse en el espacio parecían indicar el camino de Dios, la ruta de la eternidad, la morada del Altísimo. Pero esa hermosa tradición encontró en la alborada del nuevo siglo otros hombres, otras ideas, un pensamiento si no más religioso, sí más humano, menos individualista, menos feudal.

Un espíritu de renovación había surgido con el siglo XX. La humanidad se sentía fatigada del plagio, de la repetición, de la copia servil, y aspiraba a organizar su nueva vida dentro de normas y cánones más acordes con sus ambiciones y con su deseo de superación.

El progreso de las ciencias, los nuevos materiales puestos en obra, las formas surgidas por el avance del maquinismo, y otros varios factores, dieron las primeras armas a los precursores de la modernidad. Surgieron entonces los incomprendidos, los renovadores, los apóstoles de la idea nueva, en oposición con los académicos, los defensores de la tradición, los sostenes decididos de la arqueología. La lucha de las dos escuelas fue ardua y dura. Pero al final, la lógica, la inteligencia y el buen sentido, se impusieron sobre el estancamiento aberrante de los discípulos de la pasividad. Era el triunfo del que crea, del que extrae de las inagotables fuentes de la razón y la inteligencia, sobre el estático, el ser inmóvil que permanece estacionario, alimentado y sostenido por las glorias de un pasado muerto.

Y así vemos surgir en el horizonte el nuevo templo de Cristo, centinela eterno de nuestras creencias, y faro luminoso que guía nuestras vidas.

Aparecen entonces los pioneros de las nuevas formas, arrogantes, decididos y orgullosos, esgrimiendo el estandarte de la renovación. Su obra, tímida en sus principios, se hace a poco más segura y definida, para adquirir más tarde caracteres de perennidad.

No es acaso absurdo en esta época de evolución, cuando la ciencia avanza, las costumbres se modifican, nuestro género de vida cambia, que la concepción arquitectónica de la Iglesia permanezca estacionaria? La inmutabilidad en el arte lo conduce inevitablemente a su destrucción.

Para calcar invariablemente el mismo motivo, para ceñirnos a los mismos cánones tradicionales, sin originalidad ni personalidad alguna, no son necesarios arquitectos ni artistas. Bastaría para ello con obreros hábiles capaces seguramente de interpretar con fidelidad las láminas de catálogos reproducidos en serie indefinida.

Tenemos por consiguiente que admitir una conciencia nueva de lo que debe ser el templo de hoy.

Los viejos estilos cristiano, bizantino, románico, gótico y renacentista, pertenecieron a otras épocas, a otros hombres y a otras necesidades.

Hacemos bien en estudiarlos y admirarlos como obras de arte de la arqueología de todos los tiempos. Pero de ninguna manera resucitar esos viejos estilos y menos aún copiarlos servilmente, como todavía se hace desgraciadamente entre nosotros. El hacerlo significa una aberrante falta de originalidad, de iniciativa, de esfuerzo personal y de creación propia.



Como dice muy exactamente Julián Guadet: "Es necesario buscar la substitución de la Arqueología por la Arquitectura". Y agrega el mismo autor: "Siempre ha sido la Arquitectura religiosa la más alta expresión del arte de un pueblo; ha sido siempre el edificio religioso el que ha precedido a los otros en el progreso, el que ha suministrado los modelos y creado las tradiciones, el que ha hecho los arquitectos sabios y los obreros hábiles". Y agrega: "Conozcamos el pasado y no lo copiemos; esta será la diferencia con los que lo copian sin conocerlo". "La evolución, dice también Guadet, es la ley de toda sana Arquitectura".

De manera que, de acuerdo con todo lo anterior, el arquitecto de hoy debe buscar la gloria de crear un Templo capaz de expresar la época actual. Es indispensable hablar el lenguaje de nuestro tiempo y para ello debemos acumular la sintaxis y el vocabulario necesarios. Sólo podemos lograrlo si estamos penetrados de un espíritu de renovación que nos acerque a los principios de la era nueva que nos está indicando el camino.

Admitamos que la Iglesia no debe aceptar la moda, pero sí debe ella seguir la expresión normal de la vida que se renueva sin cesar. La Iglesia no puede y no debe en ningún caso envejecer.

En arte la libertad no tiene límites y al genio hay que darle siempre la razón, a pesar de que produzca obras que no admitamos y echen por tierra nuestras convicciones más sólidas y más queridas.

En mayor grado que las demás artes, la arquitectura, que leal y lógicamente refleja las costumbres y las aspiraciones de una época, no puede ser sino de nuestro tiempo y por consiguiente no debe jamás copiar minuciosamente el pasado a pesar de su belleza y grandeza.

En la evolución constante de la arquitectura existe un entrenamiento racional, una cadencia armónica que se conforman automáticamente con las tendencias religiosas, políticas y sociales de una raza y de una época, adaptándose a su civilización, a sus costumbres y a sus exigencias de todo género. De ahí que sería absurdo hacer vivir a un hombre del siglo XX, en el medio y el ambiente de los siglos XV o XVIII. Hacerlo vestir con los trajes usados entonces sería verdaderamente ridículo, porque tenemos plena conciencia de que la toga romana o el traje bordado de la Regencia, no son ya para nosotros sino vestigios del pasado que de ninguna manera quisiéramos resucitar.

Sucede igual cosa con los viejos estilos arquitectónicos, y sería por tanto absurdo que la Iglesia contemporánea la vistiéramos con el vetusto traje de la era románica, la filigrana de la Edad Media, o el clasicismo rígido del Renacimiento.

Como decía muy exactamente algún autor: "A cada época su arte, al arte, su libertad".

Debemos por lo tanto colocar la arquitectura religiosa de hoy dentro de un principio de libertad y racionalismo, en contraposición con las tendencias, hasta ahora existentes entre nosotros, de una arquitectura ecléctica, encerrada en fórmulas estéticas fijas, que no corresponden al desarrollo social, científico, técnico e industrial de nuestro tiempo.

El desarrollo material y espiritual de la humanidad ha llegado a un punto tal, que en la actualidad no pueden concebirse problemas de arquitectura sin el concurso de la técnica.

Pero hoy, como en las grandes épocas del arte, la Iglesia cons-

tituye la fuente de inspiración más rica que existe. Ella suministra a los propulsores del arte, el motivo para expresar ante las generaciones de todos los tiempos, las creaciones de su genio.

En el Santuario de Cristo está consagrado el magnífico triunfo de una doctrina sabia. En su erección, cada cual quiere superar a su antecesor, lo cual constituye el duelo de ideas y esfuerzos más prodigioso en los anales de las civilizaciones.